

exaltación de nuestra Santa fe católica, por las necesidades de la santa Iglesia y del Estado, para que destruidos todos los errores, y destruidos todos los males, te sirvamos con segura libertad. Amén.



### PRIMERA ESTACION.

LA SENTENCIA.

Alma mía, aquél Dios hombre, que ha pasado su vida enseñándonos las virtudes, haciendo bien á todos va por último á sacrificar voluntariamente su vida por nuestra salvación: por eso se vé su alma sumergida en una tristeza mortal, se mira abandonado de sus amigos por otro: cargado de prisiones, arrastrado ignominiosamente de tribunal en tribunal, declarado blasfemo, tratado de loco, y por último sentenciado á muerte; después de ser cruelísimamente azotado y coronada de espinas su cabeza, como si fuese el más vil y el más criminal. Alma mía, los gustos malditos de tu carne con que tanto has ofendido á tu Dios, son los que aquí paga el amable Jesús con tantos tormentos, ¿y no lloras tus pecados? ¿y los volverás á cometer?

No, Padre mio; no, Dios de mi corazón, ya no quiero pecar más, pues tanto te cuestan á tí mis culpas, ¡Ay bien mío, ay mi dulce Jesús! tú tan ignominiosamente avergonzado, tú tan cruelmen-

te azotado, tú vas á morir por mí y yo no muero de dolor. Has mi Redentor amabilísimo, que yo tenga siempre presentes tus tormentos, para llorar siempre mis pecados, que fueron la causa de ellos: has que lleve yo con paciencia mis trabajos en penitencia de mis pecados, para que libre de la sentencia de eterna condenación que por ellos tengo merecida, te goce al fin de tu gloria. Amén.



### SEGUNDA ESTACION.

LA CRUZ A CUESTAS.

Ya sale, alma mía, tu amable Salvador de la casa de Pilatos, cargado y agoviado con el enorme peso de la Cruz, ¡qué vergüenza, qué ignominia tan horrenda! aquél que ha sido tan admirable por su doctrina, por su santidad, por sus milagros, ahora va entre dos ladrones al suplicio, rodeado de soldados, atado con cadenas, abandonado de sus amigos, ultrajado cruelmente de sus enemigos. ¡Ay mi amado, mi inocente Jesús! ¿adónde vas? ¿adónde te dejas arrastrar con tanta crueldad y vilipendio? ya veo que vas al Calvario á morir por mí, como un manso cordero caminas oprimido con el peso de tu Cruz, pero caminas no sólo paciente y humilde, sino también gozoso, por que padeces por mí. Vé, pues, tierno Padre á morir por este ingrato: vé Pastor amoroso, á dar

la vida por esta descarriada oveja; pero concédeme que yo te vaya acompañando, llorando mis pecados, recogiendo y guardando en mi corazón las lágrimas y la sangre, con que tú vas regando y dejando señalado ese camino; y has que aprenda yo á sufrir con paciencia, con humilde silencio, y por tu amor los trabajos de esta vida, hasta llegar al descanso de tu gloria.



### TERCERA ESTACION.

#### PRIMERA CAIDA.

¡Con qué tropelía, con qué empujones, con qué rabia y furor llevan por aquellas calles llenas de gente al Rey de la gloria! y no obstante, que El es el que con un sólo dedo sostiene al universo, se ha dejado debilitar tanto, que con la furia de tantos ultrajes, cae en tierra con el enorme peso de la Cruz: con tan terrible golpe se rasgan más sus heridas, se desangran de nuevo, se renuevan sus dolores. Con reiterados golpes, puntapiés y tirándole de los cabellos quieren levantarlo del suelo; el manso Cordero callado y humilde se levanta y sigue su camino: aprende, alma mía, á sufrir con silencio injurias y penas menores, sin comparación, que las que sufre tu amoroso Maestro Jesús.

¡Mi Jesús, mi amado Jesús, caído en tierra, y

arrastrado de los cabellos! y ¿no soy yo quien ahora te maltrata, te arrastra por el suelo y pisa tu venerable rostro con mis pecados? ¿No soy yo el que en lugar de ayudarte á levantar, te doy nuevos golpes, cuando no sólo no ayudo con mi consejo al prójimo, para que salga de su pecado, si no que antes yo le hago caer con mis malos consejos, con mi perverso ejemplo? ¡ay Jesús mío, cuán ciego he vivido hasta aquí! ¿cuántas y cuán grandes son mis culpas? Misericordia Señor misericordia.



### CUARTA ESTACION.

#### ENCUENTRO DOLOROSO.

Juntémonos, alma mía, con la tierna Madre de Jesús, que queriendo acompañarle hasta el lugar de su sacrificio para padecer en su alma lo que su amado padece en su cuerpo, va siguiendo por aquellas calles las huellas ensangrentadas del tierno Hijo de su cariño: se introduce por entre la multitud de gentes y soldados que lo rodean, hasta que se presenta á su vista. ¡Qué espectáculo tan doloroso! Fija la amante Madre sus compasivos ojos en aquél rostro desfigurado y afeado con la sangre, polvo y salivas, en aquella cabeza coronada de espinas, le mira temblando todo su cuerpo por la debilidad y enorme peso de la Cruz: ¡quiere hablarle, pero la ahoga el dolor! el hijo

amado le dirige una tierna mirada, y con ella la alimenta, para que no espire.

¡Ay dulce Madre! ¿qué dolor que pueda igualarse á tu dolor? ¿cómo quisieras cargar tú aquella Cruz, para aliviar de su peso á tu Jesús! cómo deseas limpiarle su rostro amable y darle siquiera una gota de agua, para remojar su boca desecada! pero no hay alivio: padece tú con él y recibe por consuelo de tanta amargura el dolor que tenemos de haberos causado tantas penas á Jesús, y á tí: recibe atormentada Madre los sollozos y lágrimas de nuestro pesar; y alcánzanos el perdón.



### QUINTA ESTACION.

EL CIRINEO.

Los enemigos de nuestro divino Salvador, viéndole tan fatigado, y que podía morir en el camino antes de conseguir su intento de crucificarlo, alquilaron á Simón Cirineo, para que le ayudase á llevar la Cruz.

Esfuerzos vanos de tus enemigos, ¡Oh Jesús mío! bastante nos amas, para que sólo tu amor te aliente hasta el Calvario, y allí morir crucificado por mí; pero quieres enseñarme que es preciso, que llevemos la Cruz contigo, que no basta el que tú padezcas, sino que es necesario, que nosotros padezcamos contigo y por tí.

Vamos, pues, Bien mío á padecer, ya estoy resuelto á acompañarte cargando todo el peso de mis obligaciones, de mis trabajos y de mis aflicciones; pero voy con el consuelo de que padezco contigo y por tí. Y pues tú vas hasta el Calvario á morir por mí, concédeme el que yo te acompañe, sufriendo por tí hasta la muerte, para ser tu compañero en el tabor de tu gloria.



### SEXTA ESTACION.

LA VERÓNICA.

¡Cuán sólo y desvalido en lo humano camina nuestro amable Redentor; como inocente cordero en medio de tantos lobos carniceros! entre tantos á quienes has hecho beneficios, no hay quien te pueda dar auxilio; sin embargo la piadosa Verónica, se mete entre tantos enemigos, se acerca al fatigado Jesús y le limpia su Rostro: el agradecido Salvador con una dulce mirada le da las gracias por su piedad y le imprime su imagen adolorida en el paño con que lo ha limpiado, para que ella tenga siempre un perpetuo recuerdo de las finezas de su Redentor.

¡Ojalá, Jesús mío y único bien de mi alma! ¡ojalá que jamás me hubiera yo avergonzado de ser discípulo tuyo! pero ¡cuántas veces por respetos y burlas de los mundanos, he dejado las

obras de virtud, y aun me he hecho al partido de los impíos, ayudándolos en sus blasfemias, murmuraciones é impurezas! Ya conozco ahora mi cobardía y me avergüenzo al ver el valor, con que la Verónica pasa por entre las espadas y lanzas de tus enemigos, para limpiar tu Rostro. Dame aliento, Dios mio, para que desde hoy á ejemplo suyo no me avergüence de seguir la virtud; concédeme el que despreciando al mundo, siga los ejemplos de tantas almas buenas, que no atienden sino á cumplir como cristianos lo que tú mandas. Perdóname, Padre, mis viles cobardías pasadas: imprime en mi corazón tu imagen dolorosa, para que yo siempre me acuerde de tu pasión, siempre imite tus virtudes, hasta conseguir morir con la muerte de los justos.



### SEPTIMA ESTACION.

SEGUNDA CAIDA.

Parece, que el valor piadoso de la Verónica, que dió al fatigado Salvador, aquel corto alivio de limpiarle su Rostro, enfureció más á sus enemigos, pues dando á su Majestad nuevos golpes, empujándole, y estirándole con más furia, le hicieron caer otra vez en tierra, ¡Ay! cuánto se enfurecen los impíos y los mundanos con los buenos ejemplos que los condenan.

Pero ¡ay de mí, oh amable Salvador! que yo imito á tus crueles enemigos, cuando después de algún tiempo, que me he vuelto á tí, después que te prometí y acaso con lágrimas no volver á pecar; después que me ejercité por algunos días en seguir las virtudes y hacer obras buenas, me vuelvo otra vez al vómito de la culpa, me entrego nuevamente y con mayor fuerza á mis vicios y costumbres viejas, me hago con más empeño partidario del Demonio y de sus ministros. Así lo he dicho, Dios mio, te confieso mi perfidia é infidelidad; pero ¿qué siempre será así? ¿volveré al pecado, después que ahora ya lo lloro arrepentido? Misericordia, Señor; misericordia. Dame fortaleza para no volver á pecar.



### OCTAVA ESTACION.

LAS PIADOSAS MUJERES.

El desaliento, la agonía, con que camina nuestro amable Salvador no le impide ejercer los oficios de buen Maestro: ve llorar á unas mujeres compadecidas de verle tan atormentado, y les enseña á hacer fructuoso su llanto, diciéndoles: no lloréis por mí, llorad vuestros pecados, y los de vuestros hijos. Alma mía, no llores sólo porque consideras la tormentosa pasión y muerte de tu Redentor: llora tus pecados causa de ella: llora los pecados

de los que tienes á tu cargo: llora los pecados conque por todas partes ves ofender á tu Dios.

¡Ay Dios mío! si yo te amase como debo, aun cuando no hubiera yo tenido la desgracia de ofenderte, me bastaría, para llorar siempre el verte tan ofendido con tantos pecados, que por todas partes se cometen; pero cuando conozco que apenas tuve uso de razón, cuando ya comencé á pecar ¡cuántas deben ser mis lágrimas! ¡cuán continuo debe ser mi llanto! Dame atormentado Jesús de mi corazón á conocer la multitud y gravedad de mis pecados: y siempre como otro David, tenga yo delante de mis ojos, siempre traspase mi corazón, que contra tí Dios mío pequé, y delante de tí cometí el mal.



### NOVENA ESTACION

#### TERCERA CAIDA.

Considera, alma, el extremo del fallecimiento á que se vé reducido el Sansón fuerte é invencible: el amor que nos tiene, le ha hecho sufrir tantos martirios, capaz cada uno para quitarle la vida; mas como llega ya el término de su vida preciosa, se rinde á la flaqueza, y se le doblan las rodillas, le faltan las fuerzas, agoniza y cae ya casi espirando en aquél suelo: á fuerza de crueles golpes, le quieren levantar sus enemigos; lleno de man-

sedumbre se esfuerza á enderezarse, y vuelve á caer.

¡Ay vida desmayada de mi amante Jesús! los placeres y gustos, en que yo quiero pasar con toda comodidad y regalo mi vida, son la causa de tus repetidas dolorosas caídas, y multiplicando yo mis pecados, multiplico tus tormentos. ¿Hasta cuándo dejaré de pecar? ¿cuándo fijo ya en el cumplimiento de tus mandamientos, y ardiendo en tu amor resistiré fuerte á toda tentación, queriendo antes morir que pecar? Concédeme esa gracia victoriosa, Dios mío, que fortaleciéndome en toda ocasión, me haga triunfar del mundo, demonio y carne, vivir y morir siempre unido á tí, para gozarte después en tu gloria.



### DECIMA ESTACION.

#### LA DESNUDÉZ Y MIRRA.

Ya por último hemos llegado, alma mía, al monte fatal del sacrificio: ya estamos en el Calvario: á toda prisa, y con toda violencia desnudan al pacientísimo Jesús de sus vestiduras y hasta de la piel y carne sagrada, que con ellas se arranca ¡qué destrozo tan sangriento se presenta aquí á tus ojos, atormentada Madre de mi Salvador; ¡puedes ver sin morir de dolor, todo ese cuerpo formado por el Espíritu Santo en tu virginal

vientre, todo hecho sangre, todo llagas! Mas préparate ya, Señora, para el último sacrificio: y dan al divino ajusticiado el amargo brevaje que lo adormezca; Jesús sólo lo gusta para sentir su amargura, pero no lo bebe, porque quiere sentir todo el tormento de la Cruz.

¡Oh amor de mi Dios! qué incansable eres para padecer por mí; y así me enseñas á desnudarme de las vanidades del mundo, á despegarme de mis propias inclinaciones y entregarme á las amarguras de la penitencia: dame, pues, Jesús mío, dame ese Cáliz amargo, le beberé contigo, sufriendo por tu amor las amarguras de esta vida, hasta que me concedas gustar también contigo las dulzuras de tu gloria.



## UNDECIMA ESTACION

LA CRUCIFIXION.

Obediente Jesucristo á su Padre celestial hasta morir en una Cruz, quiere obedecer aún á sus crueles verdugos que le mandan con furor se tienda sobre la Cruz: sin abrir sus labios, y lleno de mansedumbre se acomoda sobre aquella áspera y estrecha cama, extiende los brazos, y entrega sus manos y pies para que los claven: rompen los clavos con los recios golpes del martillo la carne, separándose los nervios y huesos con indecible dolor, y queda así fijo en la Cruz el divino Salvador:

levantado sobre la misma Cruz entre el cielo y la tierra se ofrece como mediador de los hombres, á su Padre irritado contra ellos por el pecado.

Yo te adoro, amable Redentor, víctima de infinito precio, que te sacrificas por mi salvación, dame licencia de abrazarme de tus pies divinos, y presentar aquí al pie de tu Cruz todos mis pecados, para que se laven con tu sangre preciosa: crucifícame contigo, dulce dueño de mi corazón, para que yo de aquí adelante no tenga más querer que el tuyo: queden aquí sujetas todas mis pasiones, mis sentidos, mis potencias, mi cuerpo y alma, para que ya no me mueva á pecado alguno y que sólo dirigido en todo por tu amor, abrasado en tu amor acabe mi vida.



## DUODECIMA ESTACION.

MUERTE DE JESUCRISTO.

El horroroso espectáculo de un Dios que agoniza en un patíbulo, estremece á todo el universo: lloran los Angeles: se cubre de luto el Sol, la Luna y todo el firmamento: tiembla la tierra, se abren los sepulcros, y hasta los peñascos se despedazan: solamente los pecadores ciegos, é insensibles no lloran ni se mueven á penitencia á vista de un Dios amante, que muere por ellos. Alma mía, el buen Jesús, tu tierno Padre tu amoroso

Maestro, tu vigilante Pastor, tu Dios, y todo tu Bien acaba de espirar en la Cruz, inclinando su cabeza en señal de obediencia á su Padre, y de amor á tí.

¿Qué es esto, Dios mío, qué dureza es la mía? ¿Cómo mi corazón permanece insensible á vista de la muerte de tu hijo amado y que por mí ha muerto? Mis pecados me han endurecido, y no merezco perdón de ellos. Sin embargo yo lo espero, oh Padre celestial, por los méritos infinitos de esa víctima santa, que acaba de consumir su sacrificio, que aun destila sangre de sus heridas, y está pendiente todavía de esa Cruz. Padre Eterno perdóname, no me confundas con los rayos de tu maldición. Redentor compasivo, Jesús muerto por mí, báñame con tu sangre divina; muera yo para todo de aquí en adelante, sólo viva para tí, y muriendo por tí, goce para siempre contigo de tu gloria.



### DECIMATERCERA ESTACION.

SOLEDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Fuerte como una roca combatida de las furiosas olas permanecía en pie la tierna Madre junto á la Cruz de su difunto Hijo, traspasada su alma con toda la fuerza del dolor: viuda, sola, desamparada, sin el Dueño de su corazón, levantaba sus ojos llenos de lágrimas al Padre celestial, pidién-

dole socorro para poder darle honrosa sepultura al cadáver de su amado: no tiene quien se lo baje de la Cruz, ni una pobre ropa con que cubrirlo, ni sepulcro en que enterrarlo; pero todo lo espera del cielo.

¡Oh por todas partes angustiada Madre á quien el Eterno conserva la vida, que debía naturalmente haber acabado con tan repetidas mortales heridas del dolor! recibe, Señora, el don que tu Padre celestial te envía en tus graves necesidades: ya José y Nicodemus bajan de la Cruz el destrozado cuerpo de tu adorado Hijo: ya te ofrecen mortaja en que le envuelvas, y sepulcro nuevo en que le deposites: ya viene tu Jesús, Madre, abre tus brazos, para recibirlo en tu regazo: embriágate con el dolor: fija tus ojos en ese Rostro pálido ensangrentado: registra cada una de sus heridas: estréchalo por última vez contra tu corazón: pega tus castos labios á sus llagas: pega tu rostro con su rostro, ensangréntate toda con su sangre, sacia tu amor muriendo con él; pero no mueras, Madre, no mueras y nos dejes dos veces huérfanos en este valle de miserias: vive para nuestro amparo, pues de la boca moribunda de tu amado Hijo acabas de recibir el cargo de Madre nuestra: somos tus hijos: asístenos, y has que como hijos tuyos amorosos siempre vivamos junto á tí, llorando la amarga pasión y muerte de

nuestro Jesús, y que amparados de tí en la muerte, recibamos el consuelo eterno de la gloria.



### DECIMACUARTA ESTACION.

ENTIERRO DE JESÚS.

Por último, después que la angustiada Madre se despide de su difunto Hijo: después que riegan con sus lágrimas aquel sagrado cuerpo, Juan el amado discípulo, la Magdalena y las otras piadosas mujeres, que asistían á tan dolorosa catástrofe, arrancaron de los maternales brazos al divino Salvador, le conducen, con un triste silencio que solo interrumpen los sollozos, al sepulcro, en él le depositan, y la desolada Madre dando á todos las gracias por sus afectos y oficio se retira á llorar su amarga soledad.

¡Oh dulce María, oh valerosa Reina de los mártires, qué mar tan insondable de amarguras está hecho vuestro pecho: y yo soy, yo soy la causa de tus penas con mis culpas: yo he quitado la vida á tu Jesús, y he traspasado tu corazón con el agudo cuchillo del dolor. ¡Ay! me pesa, dolorosa Madre, me pesa de tan enormes ingratitudes. Compádecete, Señora, del estado infeliz en que me hallo por la culpa: ofrece por mí á tu divino Hijo tus lágrimas mezcladas con las tuyas, para que me alcances una verdadera penitencia, y el perdón de todos mis pecados: el vivir de aquí adelante en-

tregado del todo á la guarda de los santos mandamientos, el morir abrasado del amor del que por mí ha dado su vida, para resucitar con él á la vida eterna de la gloria. Amén.

### REFLEXIONES.

La vista de la Cruz os la ministra. Considera lo que un Dios sufre, cómo lo sufre, y por quién lo sufre. Por todas partes traed á la memoria su Cruz, sus gracias y vuestros pecados. Pedid á Dios la gracia de pensar en ellos, y de llorarlos toda vuestra vida. ¡Ay! tú te hallas al presente, al pie de su Cruz, y acaso dentro de poco vas á comparecer ante el tribunal de su justicia: tú has sido pecador disponente á comparecer en él, penitente. ¡Qué bueno es Dios en concedernos este tiempo! Mas ¡qué culpable seríais vos en abusar de él! Pensadlo; pero no os contenteis con pensarlo, aprovechaos de la gracia que se os presenta, para producir frutos de salud.

### OFRECIMIENTO.

¡Oh amantísimo Jesús, que pasada la tormenta de tu pasión, quisiste que tu cuerpo Santísimo descansase en el puerto de un sepulcro nuevo! concédeme, Señor, que después del naufragio de esta triste vida, descansa mi alma, por los méritos de tu Sagrada pasión y los dolores de tu



Santísima Madre, en el puerto de tu gloria, donde sin fin te alabe. Amén.

Y para que alabemos y demos gracias al Señor, que tanto quiso padecer por nosotros, responderán todos lo siguiente:

*Bendito y alabado sea para siempre tan gran Señor.*

Por las agonías del huerto, y prisiones del Señor: *Bendito etc.*

Por las bofetadas y golpes que toleró: *Bendito etc.*

Por las afrentas y falsos testimonios que sufrió con tanto amor: *Bendito etc.*

Por las salivas y blasfemias, que con tanta paciencia toleró por nosotros: *Bendito etc.*

Por los azotes, desnudez y dolores que sufrió atado á la columna: *Bendito etc.*

Por el escarnio que su Majestad padeció cuando le cubrieron su Santísimo Rostro, vistieron de púrpura y le pusieron por cetro una caña como á rey de burlas: *Bendito etc.*

Por la corona de espinas que le pusieron en su delicadísima cabeza: *Bendito etc.*

Por la vergüenza que sintió el Señor, cuando después de azotado le mostró Pilato al pueblo, diciendo: *Mirad aquí al hombre: Bendito etc.*

Por la sangre y lágrimas que vertió el Señor, en su Santísima pasión: *Bendito etc.*

Por la sentencia de muerte que por librarnos de la eterna con tanto amor admitió: *Bendito etc.*

Por la Cruz que por nuestras culpas cargó el Señor, y por las caídas que dió en el camino del monte Calvario: *Bendito etc.*

Por los dolores que sintió cuando despojándole de sus vestiduras para crucificarle le renovaron todas sus llagas. *Bendito etc.*

Por los dolores que sintió cuando con impía crueldad le clavaron sus Sacratísimas Manos y Pies: *Bendito etc.*

Por el dolor que sintió cuando le levantaron clavado en la Cruz: *Bendito etc.*

Por la hiel y vinagre que gustó por nuestro amor: *Bendito etc.*

Por las siete palabras que en la Cruz habló: *Bendito etc.*

Por su Santísima muerte, por la lanzada con que abrieron su sagrado Costado, ya difunto, y por la sangre y agua que de él salió: *Bendito etc.*

Por el entierro y sepultura y por todo cuanto padeció el Señor en su Santísima Pasión: *Bendito etc.*

Bendito sea para siempre tan gran Señor: alábenle los Angeles por el amor que tanto quiso padecer por nosotros; y pues nuestros pecados fueron la causa de tantas penas, digamos todos con íntimo dolor de haberle ofendido:

*Señor, pequé, ten misericordia de mí, pecamos, Señor, y nos pesa, ten misericordia de nosotros.*

Bendita y alabada sea la Sagrada pasión y muerte de nuestro Maestro Redentor Jesús, y los dolores de su Santísima Madre la Virgen María nuestra Señora, concebida sin mancha de pecado original. Amén.

V. Adorámoste y bendecímoste, Señor mío Jesucristo.

R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo y á mí pecador. Amén.

#### ORACION.

Miradme ¡oh mi amado y buen Jesús! postrado en vuestra santísima presencia; os ruego con el mayor fervor imprimáis en mi corazón los sentimientos de fe, esperanza, caridad, dolor de mis pecados y propósito de jamás ofenderos; mientras que yo con todo el amor, y toda la compasión de que soy capaz, voy considerando vuestras cinco llagas, comenzando por aquello que dijo de vos ¡oh mi Dios! el Santo profeta David: Han taladrado mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mis huesos.

Todas las veces que delante de un Santo Cristo se diga devotamente dicha oración, se consigue indulgencia plenaria, y se saca una alma del purgatorio. Clemente VIII, lo concedió y Benedicto XIV lo confirmó.

*Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pío V, puso en su palacio la oración siguiente con letras de oro,*

*y le concedió tantas indulgencias como estrellas tiene el cielo, arenas el mar y yerbas los campos, á quien de rodillas la rezare delante de la Santa Cruz.*

#### ORACION.

¡Oh Santísima Cruz! ¡Oh inocente y piadoso Cordero! ¡Oh pena grave y cruel! ¡Oh pobreza de Cristo mi Redentor! ¡Oh llagas muy lastimadas! ¡Oh corazón traspasado! ¡Oh Sangre de Cristo derramada! ¡Oh muerte de Cristo amarga! ¡Oh dignidad de Dios, digna de ser reverenciada! Amparadme Señor, para alcanzar la vida eterna, ahora y en la hora de mi muerte. Amén.

*Hállase á fojas 502 al libro intitulado: El Perfecto Cristiano, para levantar el espíritu á Dios.*

---

*Oh Cruz preciosa y bendita  
Prenda de gracia y amor  
Porque en tí murió Dios Hombre  
Por salvar al pecador.*

---

*Arbol santo y misterioso  
En el Gólgota plantado;  
Ara en que el Verbo humanado  
Se ofrece por nuestro amor;*

De los labios infantiles  
Escúchase tu alabanza,  
Prenda de dulce esperanza,  
Consuelo del pecador.

*Oh Cruz, etc.*

¡Dichoso quien al mirarte  
Recuerda, Santo Madero,  
Que el mansísimo Cordero  
En tus brazos espiró:  
Y que la sangre preciosa  
Que en tí derramó el Dios Fuerte,  
Nos rescató de la muerte  
Y la libertad nos dió!

*Oh Cruz, etc.*

¡Cuánta es la dicha que encierra  
Nacer á tu amiga sombra!  
Cuando una madre te nombra,  
¡Qué grato es tu nombre oír!  
Que tú al corazón infundes  
La fuerza, el gozo, la vida . . . .  
¡Oh cuán dulce, Cruz querida,  
Será junto á tí morir!

*Oh Cruz, etc.*

## EJERCICIO

DEL

# SANTO VIA-CRUCIS,

DISPUESTO POR

**D. Miguel Agustín Príncipe.**

Corregido y arreglado  
por la segunda edición madrileña del Devocionario  
que publicó el mismo autor.

## VISITAS DE MONUMENTOS

PARA EL JUEVES SANTO.

Con las licencias necesarias.

PUEBLA.

IMP. DEL COLEGIO PÍO DE ARTES,

Bóvedas de la Compañía núm. 8.

1883.